

XVIII

EL CASTILLO DE LA COYA

HABÍAMOS empuñado ya los remos y nos disponíamos a ganar el puerto de Vigo, «a nado», como se dice entre remadores, cuando se dejó oír un ruido de motor no lejos de nosotros, viendo surgir bien pronto de la obscuridad de la rada y deslizarse hacia los negros islotes la negra masa de una chalana—igual a la que vimos en nuestra desgraciada expedición—arrastrada por un pequeño remolcador y acompañada por unas seis canoas automóbiles, *cuyas luces se apagaron bruscamente*. Afortunadamente, y como ya hemos dicho, también habíamos apagado las nuestras, pudiendo así asistir a toda la maniobra detrás de la roca de Ardan, que nos había engullido en su sombra.

Bien pronto pudimos darnos cuenta del fin de aquella maniobra: tratábase sencillamente de hacer penetrar la misteriosa flotilla en el puertecito particular del castillo. Al mismo tiempo que se apagaron las luces se habían callado los motores.

Estaba yo hartamente intrigado por todo lo que había visto y oído aquella noche en la bahía de Vigo, y estaba demasiado obsesionado por el agudo recuerdo de las palabras amenazadoras o de otra clase, relacionadas con los acontecimientos imprevistos aún, pero cuyo teatro era sin duda

alguna la bahía, para que no aprovechara la ocasión que se me presentaba de enterarme de algo.

Se abrió la doble verja que cerraba la entrada de la escollera del castillo, con un doble y regular movimiento, al igual que las puertas de esclusas. Estábamos bastante cerca para ver aquello a la luz de la luna, que asomó tras de una nube. El pequeño remolcador, con unas vueltas de su hélice, penetró prontamente en el puerto, defendido por las viejas torres medioevales y del que nada pudimos ver. Le siguió todo el cortejo: primero la chalana y luego las canoas automóbiles tripuladas por dos hombres que me parecieron armados hasta los dientes.

En aquel momento se ocultó la luna. Estábamos pegados a la roca de Ardan, a unas seis brazas de distancia de la última canoa. Nos deslizamos silenciosamente a su lado y debieron creer que formábamos parte de la flotilla, pues penetramos sin ninguna dificultad en el puerto del castillo, cerrándose tras nosotros la doble verja de la escollera.

¿Qué riesgo podía correr? ¿No me había dicho Fritz que le llevase la contestación del capitán Hyx con la mayor urgencia al mismo castillo de la Coya? Obediendo, pues, a aquellas apremiantes órdenes, a mi regreso de las islas Cíes había penetrado en el puerto de la Coya con otras embarcaciones, con el único deseo de hacerle saber, sin perder momento, la imposibilidad de la empresa... Valido de aquel argumento podía mostrar alguna audacia...

Por otra parte, tenía a mi lado a Potaje, en un estado de júbilo algo excesivo. ¡Y quería demostrarle a él, a quien tanto le gustaban la aventuras que dan miedo, que yo no lo sentía!

Nos habíamos puesto en fila a lo largo de los muelles, o mejor dicho, a su sombra, pues lo que en realidad nos salvaba era aquella obscuridad en la que nos movíamos. ¡Nunca vi sombras tan densas, tan sólidas!... Creíase tener ante sí la noche y eran los muros. Aquel puerto debía ser un calabozo...

Sin embargo, el castillo que le rodeaba estaba habitado. ¿Por qué no había luz alguna en sus construcciones circulares? ¿Por qué?...

Al pasar la primera vez ante el castillo algunas ventanas estaban iluminadas, allí en lo alto, casi en el techo; pero ahora todo estaba apagado.

De pronto pareció entreabrirse el negro portón ante nosotros. Esto es, que al nivel del agua se recortó un vano luminoso en la sombría embarcación. Parecía como si se hubieran abierto unas puertas o corrido unos tabiques, dejándonos ver en parte el interior de aquella singular nave.

No vimos al pronto más que enormes cofres negros provistos de fuertes y brillantes cerraduras, y las negras siluetas que ocupaban las canoas.

Agitábanse éstas ahora alrededor de los cofres, mientras que comenzábamos a oír de nuevo los lamentos, sin que nos fuera posible saber su origen. Lo más que podemos afirmar es que se proferían en el mismo pontón. Todo aquello nos parecía siniestro, diabólico, incomprensible...

Empujados los cofres por las negras siluetas, rodaron sobre raíles tendidos sobre planchas de hierro inclinadas, que habían sido lanzadas desde el pontón hasta las piedras superiores de un muelle invisible. Inmediatamente fueron enganchadas por cadenas, las que halaron los cofres. Un hombre, con todo el aspecto de un oficial de marina boche, parecía dirigir la maniobra. ¿Dónde iban los cofres?...

Antes de que pudiera darme cuenta ya había saltado Potaje al muelle, de tal suerte era profunda la obscuridad que reinaba, siendo preciso para que pudiera seguirle que me tirara de los pelos. Nadie se ocupaba de nosotros, pues nuestra presencia era insospechada. Obedecí al tirón de Potaje y abandoné la embarcación.

Estaba formado el muelle por una escalera, cuyos tramos subimos a tientas. Me parece que, para no hacer ningún ruido, debió Potaje cargar su carricoche a la espalda, como le vi hacer en otra ocasión. Se arrastraba delante de

mi como una larva, guiándome yo por ella; y juntos así, avanzamos en dirección a los sordos ruidos que hacían los enormes cofres sobre sus invisibles rieles.

Al poco rato oímos muy cerca voces de mando, abriéndose de nuevo la noche a nuestra derecha, al correrse una puerta baja, dejando al descubierto una especie de túnel, en el interior del cual se agitaban y brillaban luces fugaces y sorprendentes reflejos, como *tinieblas refulgentes*.

Siempre empujados por las negras siluetas y obedeciendo ahora a la pendiente que los atraía, los enormes cofres se sumieron en el túnel con un ruido atronador. A nuestra vez penetramos también en el túnel, como si hubiéramos sido obreros de aquella labor subterránea, sumergiéndonos en lo más profundo de la obscuridad, evitando aproximarnos a las *tinieblas refulgentes*, y allí esperamos, pero por poco tiempo.

Probablemente habían llegado los cofres a su destino, puesto que dejamos de oír su ruido. Las negras siluetas nos rozaron al regresar, obedientes a la llamada de un número de orden que les gritaba un hombre provisto de una linterna en el umbral, y cuando todas ellas fueron contadas y estuvieron fuera del túnel, las puertas del subterráneo se cerraron, quedándonos nosotros en compañía de otras tres sombras y tres linternas.

Una de ellas alumbraba el perfil del hombre que había dirigido la maniobra en el pontón; mostrábame la segunda la cara de luna llena de Fritz von Harschfeld, balanceándose la tercera en el puño del mismo von Treischke... ¡Cielo santo! ¿Qué iba a ver? ¿Qué iba a oír? ¿No hubiera hecho mejor, ¡oh madre mía!, en atenerme estrictamente a mi consigna, antes de meterme en aquel abismo, en donde tenía la casi seguridad de encontrarme con tales demonios?

¡Anda, pues, Herberto de Renich!, ¡aborda en ese momento a Fritz o al von Treischke! ¡Diles que tienes que comunicarles algo muy urgente referente al capitán Hyx o a cualquier otro, y que estás satisfechísimo de encontrarles

casualmente en aquel subterráneo, que *casualmente* se te ha puesto por delante a tu regreso de las islas Cíes!... ¡Anda!... ¡Insensato!...

El hombre que me pareció dirigir a bordo de la chalana la maniobra, se aproxima a uno de los cofres, y he aquí que éste, de pronto, como una vagoneta sobre su eje, al saltar el garfio de hierro que le sujeta y de su interior, se desborda una *avalancha de oro*.

¡Ah, el ruido de aquello en el subterráneo y su color bajo la sangrienta luz de las tres linternas!...

¡Y el peligro de aquello!

¡Jesús! ¡Diez pasos más cerca, y moríamos enterrados bajo aquella avalancha de oro!, ¡y bajo el peso de lingotes y objetos de oro macizo que se deslizaban hasta nuestros pies con un tumulto de mágica magnificencia, y que rebotaban a veces a lo lejos, *haciendo refulgir las tinieblas!*

Así, pues, ¿era aquello el secreto de aquellos resplandores encendidos en el subterráneo al reflejar la luz de las tres linternas y balancearse éstas en las manos de aquellas sombras silenciosas? ¡Oro!, ¡oro!

¡El castillo de *la Coya* asentábase sobre una caja de caudales que nosotros veníamos a llenar! Y estábamos encerrados en aquella caja de caudales *que encerraba ya ¿cuántos cientos de millones?*

Había seis cofres, que fueron abiertos y sucesivamente volcados... Contenían unos montones de monedas de oro; dejaba fluir otro de sus flancos lingotes de plata, y otros, multitud de joyas y gemas, incrustadas en los más heteróclitos objetos, y que rodaban, rodaban hasta los muros con la alegre sonoridad de los metales preciosos.

Así, pues, cuando veíamos en la misteriosa noche deslizarse sobre las negras aguas del golfo la sombría masa de las negras chalanas, lo que ante nosotros pasaba era el más rico cargamento de oro del mundo, para ir a engrosar el nuevo tesoro de guerra que para los alemanes se acumulaba en los subterráneos del castillo de *la Coya*.

¡El castillo de *la Reina!*, que en indio quichua se llama Coya, esto es, en indio sagrado del Perú, en la lengua antigua de los Incas... ¡Los Incas!... ¡El oro de los Incas! ¿No había afluído sobre aquellas tierras de conquistadores desde Pizarro? ¿No era la de los galeones de Vigo la historia más bella del mundo? ¡Oh, aquella flota cargada hasta zozobrar de todo el oro de las Indias occidentales, perseguida hasta la misma bahía por ingleses y holandeses, y prefiriendo hundirse antes de entregarse, enterrando con ella más de mil millones del precioso metal, tributos y botín arrancados al Nuevo Mundo!

¡Los galeones de Vigo!... ¡lo que ante nosotros acarreamos era el oro de los galeones de Vigo!

¡Cuántos intentos se habían realizado ya para extraerlo del fondo del mar; pero siempre en vano!... ¡Cuántos millones habían sido inútilmente engullidos para sacar esos cientos de millones que tan celosamente guardaban aquellas aguas!

¡Pero he aquí que los boches triunfaban allí donde tantos otros habían fracasado; y en qué momento! ¡Qué formidable aportación iba a ser para ellos aquel torrente del precioso metal! ¡Qué batalla estaban ganando en las profundas aguas de Vigo!

¿Cómo?... ¿qué he dicho?... ¡*La batalla invisible!* ¡Es que, en efecto, no son los únicos en saber que aquel oro está allí! También hay otros que lo saben y quizá lo querrán igualmente... El velo se descorre... ¡Ya comprendo! ¡*Están batiéndose en torno de los galeones de Vigo, en el fondo de la bahía!*

¡Esa es la Batalla Invisible!

XIX

EN DONDE SE EMPIEZA A HABLAR DE LOS APÓSTOLES

CUANDO los cofres hubieron sido vaciados y se apagó aquella áurea música, von Trieschke habló por primer vez:

—¿Del *San Juan Evangelista*?—preguntó.

—Sí—contestó el que había dirigido la maniobra—; pero es ya el último, y nuestro trabajo va forzosamente a detenerse ahora, por haber perdido el *San Marcos*...

—¡Herr Jesús!, según parece, era ése el que mayor rendimiento daba—gruñó von Trieschke—. ¡Hubiera producido sin contar! Es una mala noticia, a la que seguramente no se resignará Su Majestad...

—¡Perdone usted, herr almirante; pero todo no se ha perdido aún! Si es verdad que hemos perdido al *San Marcos* en el último abordaje, no es menos cierto que no está todavía en poder de los otros, pues hemos hecho imposible el que se aproxime nadie a él, ya que le tenemos noche y día bajo un *fuego de infierno*. Nuestras últimas culatas cuadradas de aire comprimido realizan prodigios, y si conseguimos conservar dos días más *la segunda línea de trincheras de la cota seis metros ochenta y cinco*, podremos, a partir de mañana por la noche, realizar un movimiento envolvente que nos devolverá el *San Marcos*.

—Lo deseo de todo corazón, y esperaré hasta entonces para enviar mi informe—dijo von Trieschke—. ¿En cuánto estima usted?

Perdiéronse las tres voces en la profundidad del túnel. Los tres hombres se alejaron en busca de la salida.

Potaje y yo nos deslizamos detrás de los vagones-cofres. Supimos que una vez vacíos debían ser sacados inmediatamente de allí, pues con toda evidencia eran necesarios fuera. Imaginaba yo que aquellos cofres debían ser sumergidos al fondo del mar para ser llenados por los buzos, pues al palparlos noté que estaban húmedos. Sus tabiques de hierro estaban viscosos, atestiguando una larga permanencia en el fondo de las aguas.

Pero, sin duda alguna, no los necesitaban en aquellos momentos. *Quizá porque el San Marcos había sido tomado por los otros al abordaje*. El caso fué que las puertas del subterráneo del castillo de *la Coya* se abrieron para dar salida a las tres sombras, cerrándose luego y dejándonos a nosotros dentro.

Creo inútil describir nuestro embarazo o, mejor dicho, nuestro espanto, pues es fácilmente imaginable. ¿Qué iba a ser de nosotros? Aquellos subterráneos debían estar celosamente vigilados, y si venían al siguiente día en busca de los cofres vagonetas, no sabía cómo nos la íbamos a arreglar para salir de allí.

Y aun en el caso de que se nos presentara de nuevo la oportunidad, al volverse a abrir el subterráneo, de confundirnos, como ya habíamos hecho, con *sus* sombras, nadie nos aseguraba que saldríamos con bien, pues a poco que reflexionáramos debíamos contar con las dificultades que para nosotros resultarían del descubrimiento de nuestra embarcación en el mismo puerto de *la Coya*.

La presencia de *La Espuma* en aquellas aguas ocultas era por completo indeseable y no *dejarían*, a partir de la mañana del siguiente día—poniéndonos en el mejor de los

casos—, de ponerse a la busca de los que habían tenido la imprudencia de llevarla hasta allí.

En resumen, lo único claro para nosotros en aquella dorada obscuridad era que teníamos muchas probabilidades de no salir con la rapidez que hubiéramos deseado.

A estas angustias morales vinieron a añadirse, con una increíble e inesperada fuerza, dos nuevas torturas: las del hambre y la sed. En lo que a mí respectaba, hubiera dado con el mayor gusto unos cuantos millones de los que allí había por una corteza de pan y un vaso de agua.

Pensando ahora con serenidad, creo que había en ello algo de sugestión originada por una situación excepcional en la vida corriente, pero no rara en lo novelesco. ¡Cuántas historias no había leído yo en las que despreciados perdidos como nosotros entre incalculables riquezas, morían de no poder satisfacer las más vulgares necesidades sin que pudieran servirse de un maravedí!

La idea de que nos arrastráramos, como esos héroes inventados para distraer e instruir nuestra juventud, entre un subterráneo lleno de oro, entre sumas capaces de mantener al mundo durante meses y quizá de salvar a los alemanes del hambre, debía inevitablemente hacerme temer que todos aquellos tesoros no pudieran servirnos a nosotros más que de lecho a nuestra agonía.

Pero me apresuraré a decir que bien pronto nos vimos libres de aquella obsesión por una serie de felicísimas circunstancias que se nos ofrecieron para hacernos salir de allí con casi la misma facilidad que tuvimos para penetrar. La fortuna es así de caprichosa; tan pronto se presenta con alternativas de desgracia o suerte, como concediendo una u otra sin limitación. Nosotros estábamos en este último caso, pues no hacía un cuarto de hora que nos arrastrábamos entre aquel oro oscuro, cuyo tintineo bajo nuestros vacilantes pasos nos hacía estremecer a cada instante, ya que temíamos que aquella música metálica revelara nuestra presencia a nuestros enemigos, y avanzábamos con

suma cautelada, errando de compartimiento en compartimiento, subiendo a montículos de vajilla de oro y plata, que hundíanse de pronto y se desparramaban con un estruendo que nos inmovilizaba angustiados, cuando Potaje lanzó una sorda exclamación:

—¡Ahí, ahí!—decía.

Me acerqué y vi un cuadro de luz lunar que brillaba en el fondo de una estrecha galería que cortaba en ángulo recto la que en aquel momento nos encontrábamos.

Un minuto más tarde estábamos en aquel cuadro de luz; era un tramo de piedra iluminado por la luna, el primero de una escalera húmeda y viscosa, la que, según supuse, debía con toda probabilidad ser ignorada por los ocupantes del castillo, pues debía estar casi siempre cubierta por el agua. Era también casi seguro que aquella escalera no se mostraba más que en las mareas vivas y de que nos beneficiábamos de una de ellas.

El caso fué que aquella escalerita de piedra, que debió servir antaño a muchas acciones terribles, nos condujo por un respiradero hasta el nivel de las aguas del puerto interior del castillo de Coya.

¡Por fin habíamos conseguido salir de la caja de caudales!

Fácil es suponer con qué íntima alegría dimos gracias al cielo. Salimos cerca de la verja que cerraba aquel puerto que, debido precisamente a la baja excepcional de la marea, se hallaba a una altura suficiente del nivel del agua, lo que nos permitió deslizarnos sin necesidad de zambullirnos. Incluso nos hubiera sido fácil, con un poco de esfuerzo y destreza, el hacer pasar nuestra embarcación si *La Espuma* hubiera estado al alcance de nuestra mano.

Lo notable era que, después de haber escapado del subterráneo y que ya no podíamos ser acusados de haber forzado su formidable secreto, había yo recobrado la serenidad. Y era porque pensaba que si me sorprendían en el puerto de la Coya, mi crimen no era muy grande; por lo

menos así lo pensaba yo, y ya se sabe de qué argumento disponía para justificar mi presencia.

Con mucha lucidez, pues, me hice cargo de las cosas y permití que fuera Potaje en busca de *La Espuma*, que me trajo unos quince minutos más tarde, aprovechando dos grandes nubarrones que ocultaron la luna y que afortunadamente fueron nuestros cómplices.

¿Qué más puedo decir respecto a *La Espuma*? Tan sólo que regresamos a su bordo a Vigo sin ningún incidente, y que la abandonamos a su suerte, no queriendo ni oír hablar de ella en lo sucesivo. Estoy seguro de que el barquero no tendría muchas ganas de hablar del incidente misterioso que le había privado durante algunas horas de su embarcación, pues, sin duda alguna, no dejaba de tener en todo aquello una cierta responsabilidad.

XX

EN DONDE SE SIGUE HABLANDO DE LOS APÓSTOLES

AL llegar al puerto de Vigo sería alrededor de la una. Creía terminadas nuestras aventuras por aquella noche; pero, desgraciadamente, no habían hecho más que empezar o, mejor dicho, iban a adquirir en el momento más inesperado para mí una nueva orientación.

Potaje y yo regresábamos al hotel muy silenciosos. Ahora que el peligro inmediato se había alejado, estábamos bajo la impresión de lo que habíamos visto, y con toda seguridad no se fijaban nuestros ojos en las cosas exteriores, sino que perseguían innumerables fulgores de oro en el fondo de prodigiosas tinieblas. ¡Millones! ¡Centenares de millones! ¡Un tesoro de guerra desconocido! ¡Nosotros habíamos visto aquello! ¡Los dos, el medio Potaje y yo!

También habíamos visto una dama velada asomada a una ventana enrejada y habíamos jurado arrancarla de las garras de sus carceleros.

Y cuando hubiéramos triunfado en aquella empresa, que era de justicia, sería yo el más fuerte de todos y podría cumplir otras cosas que nos ahorrarían a todos muchas desgracias. Con un tal secreto, con un rehén tal, ¿qué no haría Herbert de Renich? ¿No podía estar satisfechísimo de la noche?